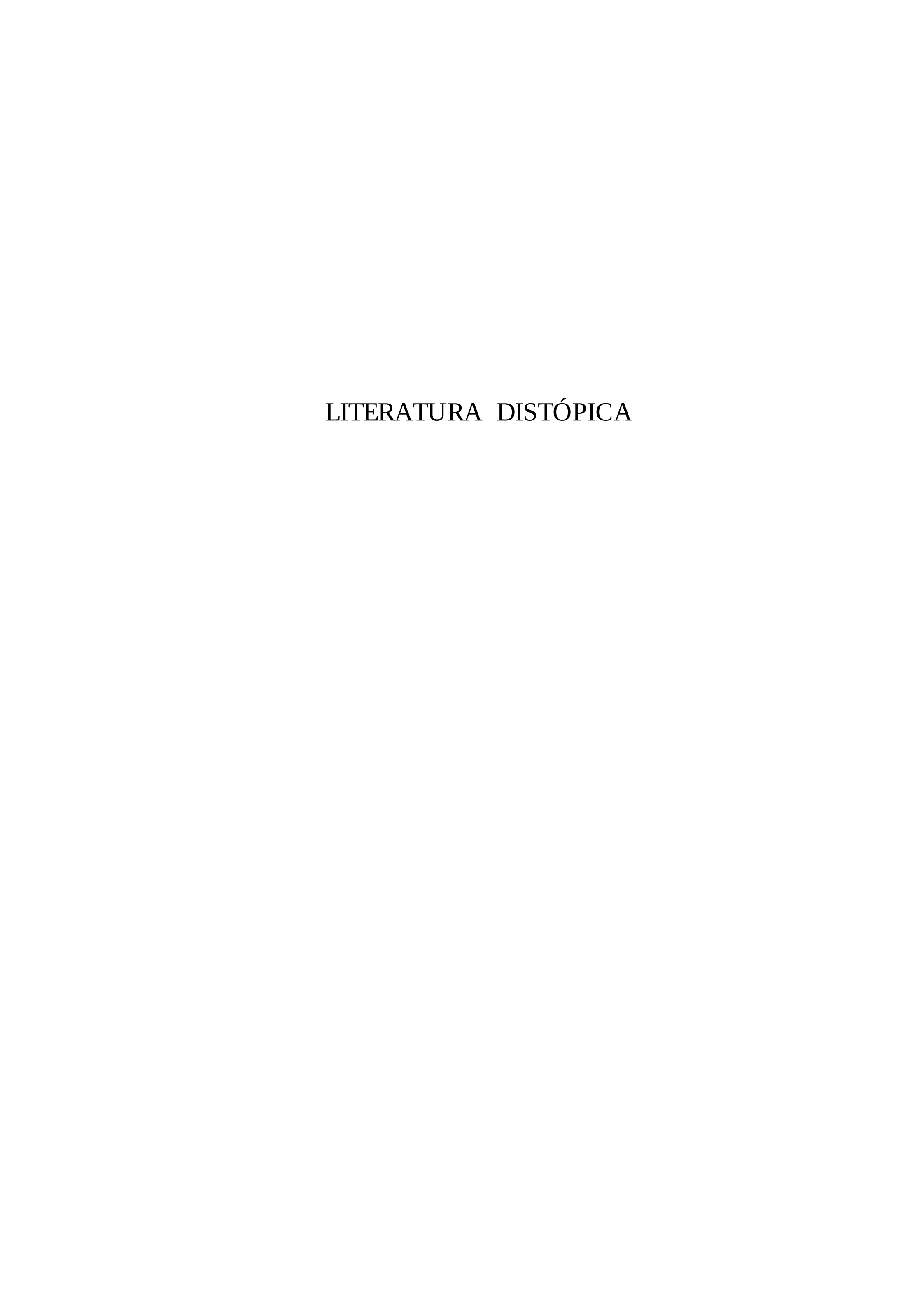
LITERATURA DISTÓPICA

LAS AVENTURAS DE MARÍA Y JOSÉ



JULIO CÉSAR MEJÍA GÓMEZ

HUARAZ



LITERATURA DISTÓPICA

LITERATURA DISTÓPICA

LAS AVENTURAS DE MARÍA Y JOSÉ

JULIO CÉSAR MEJÍA GÓMEZ

HUARAZ

LITERATURA DISTÓPICA

Las aventuras de María y José

Autor-Editor:
Julio César Mejía Gómez
Av. Independencia S/N- Independencia-Huaraz

1º edición- julio 2017

jcemego@hotmail.com

Tiraje: 50 ejemplares

Cuidado de edición: Julio C. Mejía Gómez
Diseño de portada: Dorian Burgos Torres

HECHO EL DEPÓSITO LEGAL
EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ Nº 2017-09595.

Se terminó de imprimir en julio de 2017 en LIBRERÍA "BIG BEN" E.I.R.L.
Jr. Leonisa y Lescano Nº 683- barrio de Huarupampa

INTRODUCCIÓN

Son grandes y famosos los autores de novelas distópicas: "Rebelión en la granja" de George Orwell, es uno de ellos, "Nosotros" de Zamiatin, es otro clásico, lo mismo decir de las obras de Aldous Huxley, que se anticipó décadas atrás sobre la influencia dominante de las máquinas en la vida del hombre. Son novelas ficción que estremecen porque abordan acontecimientos o fenómenos presentes que deshumanizan o generan antivalores en la sociedad en un futuro cercano.

La novela corta que se presenta al lector está dentro del género distópico. Y es protagonizado por un personaje cuyo desconocimiento sobre la violación de su mujer por delincuentes, genera en él la idea de que el feto que lleva en el vientre su esposa es fruto de la concepción de una

divinidad. Y en consecuencia, el hombre, llevándose a su familia, decide huir de su pueblo creyendo que el fruto de la violación es el ser que en unos años le quitará el `poder al alcalde del pueblo y que este ha emprendido una campaña de matanzas contra niños menores de un año.

Desde la huida el personaje y su familia padecen peripecias y desgracias hasta que logran llegar a la casa de los padres de la chica, pero con un final trágico. La novela entretiene. Alimenta la curiosidad y enciende la imaginación por saber ese mundo apocalíptico.

Solo nos queda empezar a leer y a ¡disfrutarla!

El autor

MARÍA LA MUJER ELEGIDA

María tuvo síntomas de mareo y vómito. Su esposo, preocupado llamó al hospital y solicitó una atención médica virtual, urgente. El médico del hospital pidió la explicación de los síntomas que padecía la señora, confirmando luego un hecho increíble: María estaba encinta.

-Su esposa está embarazada.

-Nadie la ha tocado. Yo tampoco ni con el pensamiento desde hace meses. Es un milagro, algo extraordinario- ¡Bendito seas Señor!- alegróse José,

porque la criatura por venir era fruto una fecundación sobrenatural y divina.

Tan regocijado estuvo el esposo durante el día, sin embargo en la noche tuvo un sueño horrible: el eterno alcalde de la ciudad estaba muy preocupado sobre su cercano final en el poder de burgomaestre. Pues en algún lugar de la ciudad nacería un niño súper inteligente que no tendría necesidad de incrustaciones de microchips en el cerebro para aumentar las facultades de la inteligencia. Esta criatura poseería cuerpo de humano e inteligencia divina. Aquel cuando grande sería el directo y más apto sucesor en el gobierno de la ciudad y

probablemente en el gobierno mundial, dados sus atributos extraordinarios en sabiduría.

José, apenas despertó al amanecer se preocupó bastante de su sueño. Era un sueño, pero le pareció realizable dado la forma en que su esposa había sido fecundada.

Nuevamente se quedó dormido y soñó que el alcalde firmaba en secreto, una resolución de alcaldía para autorizar al grupo armado de élite (controlados por microchips) que protegía al gobierno en toda su jerarquía denominados los **"Psicópatas"**; grupo criminal, sanguinario y bárbaro, que se encargaba de aniquilar a todo ser "no apto" para vivir en este

planeta. Ahora se encargarían de asesinar a todos los niños menores de dos años y a las mujeres encinta.

José, al despertar sobresaltado, primero se tranquilizó entendiendo en la claridad de su cuarto que solo fue una pesadilla. Luego a medida que reflexionaba su temor aumentó ante terrible plan de aniquilamiento natal. Pues él estaba convencido de que el "nuevo ser" suyo había sido concebido sin contacto carnal y solo por una fuerza espiritual transformada en Dios. Su prole, el niño súper inteligente, que sería el rival político del burgomaestre y el Presidente. Esperó las horas eternas de reflexión, buscando en su raciocinio

opciones o decisiones que seguir en favor de la seguridad de su familia.

Ese día, no fue a trabajar a la fábrica de celumóviles. Desde temprano, se puso a indagar por este medio, todo tipo de información noticiosa: desde las publicaciones sensacionalistas hasta las serias. Hubo una noticia que lo aterró. Se trataba del interés del alcalde de realizar una medición obligatoria sobre la capacidad de inteligencia a niños menores de dos años. Dicho acto se realizaría de casa en casa por especialistas en psicología y psiquiatría. Según el alcalde, ya era hora de privilegiar el apoyo económico y pedagógico a los futuros talentos de la ciudad.

HUIDA A LA CAPITAL

La alborada demoró en aparecer. No pude dormir mucho. Después de cortos intervalos de pesadillas José despertaba preocupado por la criatura que se desarrollaba dentro de un mundo pequeño de carne viva, flujo sanguíneo y nutriente. Un ángel, a cada rato me instó a huir a la capital. A la hora del canto de los gallos, él se alegró de seguir vivo sin que haya pasado algún infortunio en toda la noche. A mi esposa le conté mi sueño y ella se atemorizó. De inmediato esta insistió en huir del lugar. Ella dijo que deberíamos huir a la capital donde su madre

vivía. La familia fugitiva viviría de la cuenta de ahorros que tenían hace muchos años. María llamó por celumóvil a la agencia de transportes para comprar dos pasajes, pasajes que no pudo pagar, porque había dejado de funcionar el internet. Nuestro objetivo era mudarnos a la capital, en un ómnibus blindado. Ubicar a la suegra por vía telefónica no fue posible, porque en la capital había un apagón cibernético, apagón que tenía su origen en un virus. En consecuencia, estaban paralizadas casi todas las actividades económicas. Mi esposa hizo esfuerzos por recordar la ubicación exacta de la casa de su madre. Los quince años de separación dificultaban el recuerdo.

La prensa digital no dejó de publicar su edición del día. Seguían publicando artículos y entrevistas a psicólogos prestigiosos para alentar la “gran campaña” de medición de la inteligencia en bien del progreso de la ciudad. Los mejores “cerebros” tendrían una educación privilegiada para asumir después los pilares del manejo del desarrollo económico de la región. Asimismo leí que los expertos exigían que todas las madres embarazadas permitan a los empleados del hospital para que les hagan chequeos obligatorios.

***

María se desesperó que le escasearan los artículos de primera necesidad en forma de pastillas.

Molesta mi esposa penetró el ascensor automático y liviano, desde la azotea y bajó por la fachada de nuestra casa hasta llegar a la calle.

-¡Regresa María! Es peligroso andar sola- le advirtió su esposo desde lo alto - pero el ascensor ya ascendía vacío.

-¿Señor, puede acompañarme?

-Estoy apurado, señora

El desconocido miraba a todos lados y seguía avanzando con precaución despreocupándose de mi esposa. El que un hampón le agarre por el cogote a María y esta pida ayuda no perturbó a nadie ese día.

El hampón que parecía excitado por la drogaína no soltó a mi mujer a pesar de mis gritos

desesperantes. El compinche del hampón se arrodilló ante la esposa. El prosternado quiso aplicarle su jeringa sin aguja, cálida y ansiosa en la entrepierna de mi mujer.

-¡Auxilio! ¡Auxilio!

Todos los que pasaron por esa calle lo hicieron despreocupadamente sin hacer caso a la víctima. El hampón le descubrió el vientre a mi mujer y le besaron la parte del útero.

-¡Suéltenla pervertidos!

Ya en la vereda, José arrojó varias botellitas de vidrio vacías contra los hampones que no fueron afectados. Dejaron a mi esposa y huyeron sonrientes.

La afectada que estaba en shock regresó a casa junto a su esposo, privándose de hacer su compra. En ese momento anhelé tener una puerta y ventanas en el primer piso para entrar rápido. Recién cuando estuvieron dentro del ascensor y subiendo al lugar donde estarían a salvo los dos se tranquilizaron. Llegados a la azotea, corrimos al cuarto de mis hijas de seis y ocho años que dormían sosegadamente.

***

El ómnibus de transporte de pasajeros armado con tres vigilantes armados recogió a la familia. Vi que los vigilantes tenían un uniforme militar verde oscuro con bordados de símbolos de cinco balas en el pecho. El chofer confirmó la noticia: las

computadoras de la central eléctrica están dañados por un potente virus que está circulando por el internet, por eso no funcionan los celumóviles ni las cámaras de seguridad.

Durante el recorrido del viaje, nuestra reserva de pastillas para quitar el hambre y las pastillas mágicas que se convertían en agua no escasearon en nuestras bocas, es decir, las necesidades primarias fueron satisfechas. El ómnibus fue descendiendo del cerro al llano por innumerables curvas. Recorrió por la autopista llegando a estar al filo del abismo en varias ocasiones, hecho que me asustó imaginando si el ómnibus caía al fondo. Pero este era el único camino para ir a una de las metrópolis importantes

de Sudamérica. Mi hija a la que yo cargaba se quedó dormida, mi esposa y mi otra pequeña, que estaban a mi lado, también dejaron de estar en vigilia. María se sobresaltaba por efecto de una pesadilla, me preocupé que mi esposa contagie el miedo al pequeño ser dentro de su vientre. Dentro de ocho horas, José iría a la Oficina de identidad. La dirección de mi suegra es imprescindible. El olor fétido de los alientos, los ronquidos y sudores empeoraron el viaje estresante; sin embargo, valía el esfuerzo, por el bien del nuevo ser que se desarrollaba en el vientre.

El sueño venció mis párpados, abrazando a mi hija dejé de percibir el mundo. El padre soñó que se

encontraba en una mazmorra y junto a él un hombre con cara de “monstruo” le agradecía por salvar a su hijo. Me horrorizó estar cerca de ese ser perverso y feo y más cuando este se posó encima de mi mujer que estaba boca arriba y con las piernas abiertas. Que haya embarazado a María, este hombre aborrecible le hizo sentir a José un escalofrío repugnante. Esta sensación me despertó agitado. Su frente estaba sudorosa, su corazón palpitaba fuerte. Me tranquilicé al darme cuenta que mi mujer estaba a mi lado y no había a nuestro rededor ningún “Quasimodo”.

Las luces del carro alumbraban una interminable pista subterránea, pues no se veía ni el

cielo ni casas, además de desplazarse a velocidad máxima.

-¡Antes de bajar, alisten sus armas!- susurró el chofer.

-Señor, ¿quieres sobrevivir o morir?

La advertencia de la señora me hizo pensar en varias opciones, hasta no descarté un final horrible para nosotros. Qué cosa peligrosa había afuera. Llegando al terminal subterráneo, el ómnibus se detuvo y de inmediato salimos todos de la movilidad. Los pasajeros subieron por una escalera automática caminando a tientas ya que todo estaba oscuro. En la oficina de la empresa de transportes, igual la oscuridad borraba las cosas. La ventana era un denso

tapiz negro. Lo extraño era que en el lugar sudábamos sin haber hecho actividad física.

Alumbrándose con la linterna José vio a los pasajeros salir armados con pistolas automáticas y descargadores pequeños de diez mil voltios. Qué miedo ser achicharrado por tan potente descarga. Los desarmados, es decir, José y su familia se quedaron en la sala de espera. Quise preguntar al vigilante si ya había el servicio de taxi, pero el que esté serio y con su metralleta me cohibió. María nuevamente llamó por celumóvil a su madre, pero aún no se restablecía el servicio.

LA ESPERANZA DEL NUEVO DÍA

Los cuatro se sientan en las bancas. Se abrigan con una manta y se quedan dormidos. Nuevamente llega otro bus y la gente se amontona un rato y después se retiran a la calle. Te despiertas, te duermes, los gritos de auxilio que a cada rato escuchas en las afueras nuevamente te despiertan. Tienes miedo de salir, pero en un rato tendrás que desocupar la sala de espera de la agencia. Nuevamente te sobresalta un grito de mujer agonizante. Después suenan disparos y gritos de

hombres corriendo. Cuando ves al vigilante bien armado el susto se te esfuma y te quedas dormido.

Sueñas que te encuentras nadando en una laguna de sangre infinita. No puedes escapar. O te hundes o sigues nadando con tus brazos adoloridos y esforzándote titánicamente, moviéndote en ese líquido espeso y rojizo. Y nadas y nadas, sin embargo, el horizonte no aparece. El cielo está nublado y reflejan el color sangriento.

El frío penetrante del amanecer te despierta. Sobre la puerta de salida lees un aviso escrito con letras mayúsculas y de color blanco con fondo verde: "SU VIDA VALE ORO, NO OLVIDE SALIR ARMADO". Recién lo habrían pegado o ya había

que no te diste cuenta de la advertencia. Fastidiado te levantas a buscar algún objeto útil para usarlo como arma. Molesto buscas en el tacho de basura y nada encuentras. Repentinamente hay un cruce de balas como fuegos artificiales entre los vigilantes y una horda que quiere entrar a la oficina de la empresa de transportes. Estos desconocidos tienen en común poseer en la mano una jeringa con un líquido bermejo. Agachado y aterrorizado corres donde tu esposa e hijas que gritan asustadas.

-¡Agáchense!

Gateando por debajo de las sillas te acercas hasta tus hijas y las abrazas. Los disparos poco a poco cesan. Ves tirados sobre un líquido rojizo al

vigilante del interior. La horda no se rinde. Los vigilantes que quedan vivos resisten.

Cierras los ojos para negar lo que pasa, luego los abres. Ves a tus pequeñas que aún tienen los ojos cerrados y con lágrimas en la cara. Los desconocidos ya no gritan.

Te acercas a la gran ventana. Hay un solo vigilante vivo de los cuatro. Este se acerca a Uds.

-Tienen que retirarse señores.

-¡Señor no sé a dónde ir!

-Señor se retira o lo retiro. Han estado demasiado tiempo aquí. Esos lunáticos van a volver, quieren contagiar a los sanos con el SIDA, por eso andan con sus jeringas contaminadas.

Sales a la calle pasando por ese charco de muerte, respirando el olor a pólvora. Llevas en tu espalda la mochila con algunas cosas como las pastillas para el hambre y la sed. Observas a la gente que ya ambula por la calle. Ellos no perciben extrañados el suceso sangriento ocurrido en la agencia. Más bien miran por todos lados como esperando que aparezca algo o alguien, como si quisieran prevenirse de un peligro terrible.

Un señor tiene la pistola lista para disparar y eso te asusta. Otro señor tiene un machete eléctrico y peor esa arma de corte te espanta. Aparece el ómnibus de transporte público de color marrón y la gente se alborota y hace señas para que la movilidad

se detenga. Pero el carro que está repleto de pasajeros no se detiene. Ves que el ómnibus tiene vigilantes armados con metralletas. "Qué pasa con la gente, ¿por qué andan armados?". Quieres preguntar al señor del machete, pero tienes miedo de su reacción negativa.

-En estos buses blindados se viaja seguro- dice uno de los padres que tiene cerca a su pequeña.

-¡Para hijo de puta!- brama otro señor vestido con terno y con maletín en la mano. El nuevo bus tampoco se detiene.

-No te amargues señor- le consuela tu hija y el señor mira serio.

-Tendremos que ir a pie.

-Hay que acompañarnos.

-¡No me sigan!- el hombre está más molesto que amistoso.

En el tacho de basura buscas algún objeto para defenderte y no encuentras siquiera un fierro de construcción. Regresas a la agencia para apropiarte de la metralleta de uno de los vigilantes muertos, pero ya el carro de la baja policía ha recogido a los cadáveres y en el suelo hay agua y espuma disolviendo la sangre.

Piensas en cómo llegar a la casa de tu suegra. Haces esfuerzos por rebuscar en tu memoria algún dato que te sea útil para encontrarla.

Ustedes se alejan dos cuadras desde el terminal. ¿Cuál sería el camino a seguir para llegar a la casa de tu suegra? A tu esposa le dices que se esfuerce por rebuscar en su memoria algún dato que les sea útil. Para ella también es la segunda vez en su vida que verá a su madre. Esta confesión te deja triste, desalentado, desesperanzado.

Una jauría de perros grandes los rodea. Por la boca de estos canes la saliva gotea estirándose hasta caer al suelo. Son pastores alemanes peludos. Te pones en ademán de defensa. Tus piernas son tu única protección. Tu hija se asusta. Tu rostro se ruboriza de miedo, tu esposa se arrima de miedo

hacia ti. Esto te desespera, porque tienes dificultad para la defensa.

Uno de los perros los ataca. El ser atacado por un animal feroz te roza una lámina de escalofrío en la espalda. Defiendes a tu familia. Tienes que dar patadas vanas en el vacío con tal que no les muerda. Cerca del lugar, una jauría pasa. Los pastores alemanes van tras ellos y se inicia el combate canino. Uno de los perros cae derrotado al suelo, tiembla un rato antes de expirar. El espectáculo de sangre no te permite moverte con rapidez. Tu esposa que carga a tu otra pequeña llama a la gente: ¡auxilio! ¡Auxilio! La gente pasa y mira el hecho como si se tratara de la práctica de un deporte. De los autos también, los

ocupantes armados te observan sonrientes como si con ese gesto te dijeran "excelente lo que pasa con los perros". En conclusión, nadie te loa ni critica.

El señor del machete eléctrico hace un movimiento horizontal para cercenarle las cuatro patas a su atacante canino. Este no puede moverse en el suelo y desangrándose ladra. Así incapacitado quiere morder. Estás detrás del señor del machete para evitar el ataque de los otros canes "rabiosos".

-No me sigan.

El machetero se transforma más agresivo y de un golpe seco y preciso le parte la columna al perro "valiente" que lo ataca. El animal queda paralizado, ladra fuerte, aúlla. Los demás canes se alejan, pero

siguen ladrando. El llanto de tus hijas es intenso. Qué podías hacer. No tienes tiempo de cubrir su rostro para privarle del “espectáculo de horror”. Tu esposa también está nerviosa.

-¡Tranquilízate amor!

Ustedes caminan despacio. Tú asustado; tu esposa, al límite del schock.

-Señor, no somos malas personas.

-jajaja…

-¡Ayúdennos!

-Tienes manchado el pantalón de gotitas de coloradas. ¿Eres un hombre bueno? Jajaja…

Bastantes carros pasan por la pista asfaltada y no hay uno que no tenga sus vigilantes armados en la

parte superior de la movilidad. Los armados hurgan sospechosos con la mirada, por todos lados.

Te acercas para preguntarle a un hombre serio y listo, pero tu presencia le cambia el rostro a indignación. Te mira amargo y siente el impulso de apuntarte con su pistola de color negro y se va corriendo para alejarse de ti. Recién te pasa el susto. “Tal vez se amargan con el gesto inamistoso que tienen. Mejor no preguntes”.

Avanzas unas tres cuadras y nadie los ataca. La gente pasa tan tranquila con su arma de muerte lista para usarse. Caminas asustado, tus hijas están cansadas, tu mujer quiere descansar; pues, el intervalo de tiempo de “reposo” de los delincuentes

ya termina. Ustedes se alejan de la avenida principal. Ves un colegio que ahora funciona como mercado. El sol es enterrado momentáneamente por un gran avión.

Escuchas disparos lejanos y gritos de gente que te hace sentir escalofríos. Así que ustedes corren hasta llegar a la puerta grande del mercado. Los vigilantes les escanean el cerebro y confirman que ustedes son ciudadanos activos y entran. Todo el límite del mercado es un muro alto de concreto. En el centro de este campo las tiendas han sido construidas subterráneamente en forma de un hueco nonagonal. La multitud sube y baja de varios ascensores con todo tipo de bienes de consumo

miniaturizados en pastillas y tabletas. No puedes contar el número de pisos que penetran el suelo. Ves por las paredes de cristal del edificio que otras gentes usan la escalera eléctrica.

Las amas de casa tienen su pistola lista para usarse. Te sorprende que hasta las personas de la tercera edad están armadas, porque quieren vivir. Miras desconfiado y asustado. Le dices a tu mujer para bajar a comprar pastillas para quitar el hambre y también otra tableta de pastilla desestrezante.

Un hombre de mirada lujuriosa osadamente se acerca y toca las piernas de tu hija. Tienes miedo de reclamar. La gente sigue caminando sin detenerse a ver lo que pasa. Esa cicatriz en la cara del maleante

te cohíbe. Esa mirada perversa y mareada por la droga te hace sentir un hombre indefenso, incapaz de defender a tu hija.

-¡Suelte a mi hija! ¡Auxilio! ¡Ayuda!

Cuando tu pequeña grita, despiertas de tu marasmo. Tu ánimo "cobarde" se rebela contra el miedo paralizante. A pesar de los escalofríos te enfrentas al pervertido repartiendo puñetes y patadas. Pero siempre tienes fe en que saldrás vencedor por tu familia.

-Re concha tu madre… me has dejado cojo.

-¡Papá! ¡Papá!

Tu hija inocente queda paralizada por un miedo desesperante. Ves que llora y no te suelta el

brazo. El atacante se arrastra por el suelo como un gusano. Quiere hacerte algo, pero no puede más que moverse unos centímetros. La gente que pasa por tu lado no se inmuta. No es un suceso extraordinario como para que les motive a ver con “interés”. Abrazas fuerte a tu pequeña, y la consuelas con caricias en su espalda y cabeza. Nadie te reclama, a nadie le interesa lo que te pasa. Es como si hubieras pateado un pedazo de basura.

-Vámonos a otro lado mujer.

Ustedes caminan en dirección contraria al del depravado. Rápido compran el alimento en miniatura y salen del lugar. De una esquina aparece otro hombre de ropas sucias. Temeroso de imaginar si

van a aparecer más, vosotros retroceden y se van por un jirón. Tu hija llora, tarda mucho en callarse. La niña está cansada y asustada.

Vosotros se acercan a un grupo de gente que a la distancia parecen discutir. Muy cerca ves que varios hombres están atacando a la gente. Los atacantes tienen jeringas de muerte en las manos. Los que se libran del ataque siguen su camino. Varios atacantes caen "liquidados" a balazos. Un señor es vacunado en la cabeza y otro señor más sereno, porque parecía estar practicando un deporte rutinario, decapita a sus agresores con un cuchillo eléctrico. El hombre aparenta alegría de campeón de su deporte preferido.

-¡Muy bien hecho señor! – exclama una señorita, con el ánimo inmutable como si el señor estuviera cortando tajadas de sandía.

Ustedes quedan paralizados sin animarse a correr. Tu hija se tapa los ojos no queriendo ver las cabezas que por su forma ruedan en el suelo. Este se mancha del líquido rojo y espeso. A ti te da asco ese espectáculo macabro. Tu hija está inconsolable. “Mejor regresamos al terminal” ¿piensas? Igual ya no podrás ubicarlo. Los vehículos particulares siguen transitando fluidamente y te da miedo detenerlos, tal vez sus vigilantes te confunden con un atacante y te disparan.

Uds. se alejan de ese lugar horroroso. Al señor que te amenazó al salir del terminal, lo ves discutir con un beodo. Este tiene una jeringa en cada mano. El borracho quiere inyectar. Nuevamente Uds. regresan asustados al jirón por donde hubo decapitados y baleados. El impacto de un fuerte golpe te hace volver el rostro. El señor está caído. El ebrio mira desafiante. El herido convulsiona y por la boca vota una espuma blanca, sus ojos giran hasta ponerse blancos. Después de un rato queda tieso. El borracho aplica la inyección y sigue insultando a la gente que pasa por su lado. Un padre de familia le deja sin cabeza al ebrio con su machete eléctrico. Y así el cuerpo sin cabeza dispara sangre de sus venas

rotas como caño con alta presión. A tu hija la dejas ver.

La gente sigue transitando y no se inmuta por la sangre ni por el borracho sin cabeza que después de unos minutos de resistir el desequilibrio ahora está tirado en la vereda.

-Que limpien la basura- reclama un transeúnte. Y no pasa dos minutos y el camión de la baja policía armada ya está acercándose al lugar del asesinato.

-¡Qué miedo! Ya no se respeta la vida.

-¿No serías capaz de matar? ¿Ni por defender a tu familia? ¿O eres cobarde o eres el enviado del cielo para salvar a la humanidad?

-Lo dudo.

-Hay que ponerle a prueba dejándole que los sidosos lo ataquen.

-Claro, si tiene poderes sobrenaturales para convencer a los enfermos de que no le hagan daño es el enviado.

-¡Jajajaja...!

Te da miedo tener problemas con esta gente. El más gritón y atrevido tiene un machete eléctrico. El machete es el que ordena a la mano qué movimientos hacer y dónde cortar. El otro transeúnte en cambio tiene un descargador de corriente. Este va donde el borracho presiona el botón rojo de su descargador. En segundos el borracho queda

carbonizado antes de ser lanzado al carro recolector.

El acto horrible te hace retroceder.

-¡No hagan eso señores! ¡Por favor! ¡Eso es terrible!

-Resucita a este borracho

-No puede.

-Es que no eres el enviado.

-Si no matas no vas a durar en este mundo.

JOSÉ TÚ ERES MI SALVACIÓN

Varios jóvenes, todos vestidos de polo negro y pantalón rojo, se acercaron a la familia de José mostrando sus diminutas motosierras y su jeringa rojiza. Parecían sedientos y hambrientos de muerte, de sangre. Esto dejó en shock a la familia fugitiva. El jefe de familia perdió las esperanzas de salir con vida. Miró a sus hijas y esposa. Buscó inconscientemente en el suelo algo, algo que sirviera de defensa. Quiso detener el ascensor que ascendía hacia la azotea de una casa. La dueña le golpeó los dedos con un palo.

-¡Fuera foráneo!

-¡Señora se lo suplico! Ayude a mi familia.

El gesto de ira le hizo entender que sería vano suplicarla. Ni las súplicas y lágrimas de la esposa, ni de las hijas que lloraban ablandó a la mujer. La viejita no se dio cuenta que los jóvenes habían logrado asirse de la base del ascensor y llegando a la azotea persiguieron como endemoniados a la vieja. Se escuchó gritar a la "abuela" que llamó a su esposo. Estos jóvenes solo parecían hambrientos de sexo raro. Es que padecían de gerontofilia. La brutalidad con que fue violada fue horrenda. Por todo el cuerpo la agujerearon con las jeringas para que el VIH cale hasta el tuétano. María le jaló del brazo a su esposo para huir aprovechando la distracción de los de los

jóvenes. Las dos niñas cubiertas el rostro a cada rato preguntaban qué cosa pasaba, por qué gritaba la mujer.

Otra señora que estaba paseando con su hija se enfrentó a la horda de jóvenes "caníbales" que atacaron mordiendo. Las féminas realizaron disparos exactos. Disparos que abatieron a tres muchachos que luego de convulsionar se paralizaron en una pose estática y horrible. Los que quedaron vivos retrocedieron y huyeron después. Y los que habían atacado a la mujer de la tercera edad bajaron de la casa con el ánimo endemoniado. Tras los desalmados, el esposo de la viejita se alocó en disparar a la calle. José y su familia tuvieron que

arrinconarse a la pared de una casa. Luego que cesaron los disparos de la azotea la familia sagrada alcanzó a una señora. Esta que tenía una pistola láser provocaba miedo, y su gesto era de rechazo y desprecio.

-¿Por qué me siguen?

-Disculpa señora. Estamos asustados.

-No estorben mi camino o disparo.

- Vamos a bajar la velocidad de nuestros pasos para distanciarnos de Ud.

-Preocúpense por defenderse de lo que se les viene en cualquier momento, pero no se arrimen a mí. Ahorita estoy enojada.

- Disculpe señora.

PADRE ES QUIEN PROCREA Y CRÍA

El padre de María, era chofer de uno de los ómnibus blindados que circulaba por la capital. Estoy estresado: todos los días tengo sentarme muchas horas. Todos los días tenía que llevar una cantidad de gente aplastada. Imagino que nuevamente al atardecer estaré con dolor en el trasero. Y quiso levantarse, pero no podía dejar el timón. Siento que sudo bastante, especialmente por mis posaderas. Le incomodó, pero no podía dejar el timón. Alguien presionó el botón de “bajo”. Ahora

tengo que detenerme y presionar el botón para que se abra la puerta.

No me incomoda que las cámaras de seguridad no funcionen, sino me vigilan todo lo que hago. Imaginó una escena morbosa y a pesar de maniobrar el timón con destreza la carga total del ómnibus lo venció y este se volteó de costado. Qué fétido es el aliento y sudor de esta gente. Logró presionar el botón que "permitió" abrirse la puerta. Esta gente está desesperada por morir. Él también alistó su pistola y se puso en movimiento para salir del vehículo.

Ahora sí que estoy interrumpiendo el tránsito. La caravana de carros de todo tamaño, y forma

tocaba el claxon y por el sentido contrario había una pelea por sobrevivir entre los pasajeros sobrevivientes del accidente y un grupo heterogéneo de hombres hambrientos de contagiar con su virus mortal. ¡Qué escalofriante ver cabezas de gente en el suelo, cuerpos sin cabeza y convulsionando en la pista asfaltada! El chofer se serenó y tranquilamente como si fuera un espectador de una película gore salió del ómnibus disparando contra el que le obstaculice.

Esta familia me sigue como si yo fuese su personal de cuidado. Al chofer el rostro de la señora le recordó una vivencia vaga de hace muchos años. Años que no veo a mi "engreída". "Engreída" que

eligió la vida fugitiva con su enamorado. Voy a seguir caminando, pero si me siguen…

-No me sigan re concha tu madre o disparo.

-Disculpe señor.

María y José quedaron estáticos. No llores hijita, no te asustes, tu papá te va a proteger. A la niña le dio miedo el gesto iracundo del chofer. Sigo con mi fuga. Este sabía que el grupo de élite armado del gobierno, “los Psicópatas” lo encontrarían en cualquier momento y le desactivarían su número de identidad y él se convertiría en un apestado que nadie dejaría entrar. Ese es mi castigo por generar un accidente. Se internó por una esquina disparando contra tres indigentes perturbados que querían

atacarlo a mordiscos ¿Hasta cuándo me durarán las balas?

El chofer sintió un fuerte hincón en la parte posterior de su cerebro, en el lugar donde estaba incrustado el microchip del tamaño de un nanómetro, que almacenaba sus datos personales. Ahora sí que ya no soy ciudadano. Ahora no podría entrar a ningún lugar público ni privado porque los vigilantes le dispararían si detectaban que su número de identidad estaba desactivado. No puedo regresar a casa, sino los "Psicópatas" van a activar el gen auto destructor de neuronas cerebrales. Hizo esfuerzos por recordar las sanciones por causar accidentes y le

pareció absurdo pasar tres años viviendo en las calles.

¡MARÍA Y FAMILIA SIGUEN VIVOS!

LLegas con tu familia a un hipermercado. En la entrada, los vigilantes armados con metralletas dejan entrar a la gente; haciéndoles un escaneo a la distancia con un aparato electrónico pequeño, a ustedes también.

-¡Pasen señores!

Ustedes obedecen al vigilante que desafiante da pasos lentos. Debe ser pesado para ellos soportar el chaleco antibalas que los hace gordos además del uniforme azul oscuro grueso. Los puestos que rodean al hoyo cuyo diámetro es de cien metros, son de madera laqueada.

Por una de las ventanas ves a una joven con tacones y minifalda ajustadísima que dibuja las redondeces de sus nalgas admirables. Entran al ascensor y bajan varios metros abajo. Los salones de antaño tienen ventanas grandes. Llegas hasta el último piso, es decir hasta la base del hueco nonagonal y sales al patio. Ahí no llega el sol. Hace frío, sin embargo, ahí encuentras todas las comidas favoritas en forma de pastilla.

Tu mujer no habla. Tu mujer está resignada a lo que tú hagas. Eso te estresa, pues tú eres responsable de la seguridad de las tres. Rápido compran lo indispensable y pagan en billetes y monedas, ya que aún no hay la electricidad. Como

tus hijas se quejan de frío, Uds. regresan al ascensor y nuevamente ascienden a la superficie.

En la superficie, repentinamente eres abordado por un hombre vestido de terno blanco brillante y zapatos lustrados. Este hombre se presenta como empresario industrial. Su aspecto físico (corpulento y alto) te asusta. Tiene la cara arrugada.

-Buenos días. ¿Ud. es el padre de la niña? Quiero pedirla en matrimonio.

-¿Queeeé?- el pensamiento se te nubla. Una irritación tímida te remueve la serenidad.

-Quiero pedir la mano de su pequeña.

-¡Qué le pasa señor! ¿Ud. Está enfermo?

- No se ponga nervioso.

-¡Ella es una niña!

-Es una niña, por eso me quiero casar. Porque es virgen.

-Ud. Necesita ir a un psiquiatra perturbado.

-No reaccione nervioso y con miedo. Su cólera no me intimida.

-No nos haga daño señor.

-Cállese señora y tú me has amargado, con tu vida vas a salvar a tu hija.

El miedo te paraliza ante reto mortal. No sabes qué hacer. Buscas opciones en tu raciocinio. No las hay más que el de quitarle la vida a traición al agraviante.

El empresario saca de su bolsillo una jeringa y luego se auto inyecta. Tú te alocas presagiando algo aciago y corres hacía él para abrazarle las piernas. Le haces caer. Los vigilantes observan tranquilos lo que pasa. Entiendes que nadie te salvará. Tu mujer se exalta: ¡Auxilio! Tus hijas lloran muy fuerte queriendo defenderte.

Te arrodillas sudoroso y tembloroso. Forcejeas con el hombre para impedir que te inyecte. El hombre te golpea varias veces en el cerebro con su mano libre. Vas perdiendo la consciencia, pero los llantos de tu hija "papá, papá no te mueras" te dan fuerzas para "resucitar". Como una bestia gritas y huyes antes que seas agujereado por el insano.

Ustedes se alejan del bárbaro. En su delirio demoníaco el hombre no se siente vencido. Ustedes se acercan a los vigilantes inmutables. Al no tener ayuda corren afuera. Los escasos compradores del lugar pasan sin inmutarse de lo sucedido. El atacante ríe de Uds. presagiando un desenlace violento para Uds. en la calle.

Tu semblante aún tiene susto, y tus dedos nerviosos y temblorosos poco a poco pierden inestabilidad. A los vigilantes los miras con odio. Odio que mitigas abrazando a tu mujer e hijas.

-¡Retírense!

En la calle, miras con temor por todos lados tratando de descubrir a algún sospechoso que

quisiera hacerles daño. Varios buses blindados pasan repletos de gente y no se detienen. A cada rato pasan autos blindados que tienen forma de la antigua “cuatro por cuatro” con sus vigilantes armados de metralletas cortas. En el interior de estos carros ves sentados cómodamente a padres con sus hijos, hombres con terno, mujeres refinadas.

-¡El gobierno existe solo para matar!

Observas que el señor se arrepiente de lo que ha dicho. Los “Psicópatas” están cerca. Ustedes se alejan.

-Has agraviado al gobierno.

-Yo no he hecho nada.

-Ahora recibirás tu castigo por fanfarrón.

-Listo, ya está desactivado tu ciudadanía. Ahora vas a cumplir tu pena de dos años en la calle.

-Tengan piedad señores.

¿Piedad? Eso qué es. Nadie te va recibir si quieres esconderte.

Tienen que alejarse de ese hombre que los mira con odio, como si tú lo hubieses delatado. Se va desesperado en sentido contrario a ustedes. Varios hombres andrajosos, escuálidos y con granos llenos de pus corren tras él, porque lo ven desarmado. Sientes escalofríos imaginando que lo agarran y le hacen de todo antes de darle muerte para “banqueteárselo”.

Ustedes van tras los "Psicópatas" hasta alcanzarlos. Tu pobre niña ya no quiere caminar, pero piensas que es mejor estar seguros junto a estos hombres armados. Cargas en tu espalda a la mayor de tus hijas para no quedar rezagados; sin embargo, los hombres aceleran sus pasos y les dejan en un lugar alborotado. Una mujer y su infante están siendo descuartizados por una horda de lunáticos con cáncer terminal. Estos desgarran las carnes como las bestias de la selva lo hacen con sus presas. Tú piensas que los muertos dejan quitar agua y comida a los vivos.

La gente que pasa por ahí está tranquila, sin síntomas de asco, con la pistola automática lista para

usarse si los lunáticos atacan. Uds. retroceden ante “espectáculo de horror” y corren para cruzar la calle atascada de autos. A cada rato imaginas la aparición de algún “perturbado” queriendo hacerles daño.

Por esta nueva calle la baja policía armada está recogiendo la basura de la ciudad. Los cadáveres son arrojados al camión por la pala mecánica. Los trabajadores silbadores miran sin miedo ni pena y con naturalidad. Encima del camión están de rodillas cuatro hombres armados con metralletas cortas apuntando a cualquier lado. Por un momento te olvidas de los peligros y los miras desprevenido. Los cadáveres son un montón de carne podrida y mal oliente.

-¡Qué asco!

-Tengo ganas de vomitar.

-Vámonos por allá, mujer.

Se acercan a un parque. Hay niños con sus padres "relajándose". Estos tienen su pistola apuntando al suelo y miran a cada rato por todos lados.

-Quieres orinarte en mi parque carajo.

- No señor, más bien disculpa.

-¡Lárgate de aquí cochinazo!

El hombre que amenaza dispara contra los dos jóvenes. A uno la bala le parte la pierna. Al otro que ve la desgracia de su compañero huye herido y derramando el líquido rojo. Ustedes retroceden.

Buscan desesperados un lugar seguro. El calor se eleva. Sudan y no hay lugar en dónde descansar y protegerse. Solo ves casas sin puerta ni ventana en el primer y segundo piso, con su ascensor en la fachada. Uds. penetran los túneles por donde circulan los carros. Estos huecos infinitos y terroríficos son oscuros. Los autos de distinto tamaño que pasan veloces alumbran por unos segundos y luego el lugar se transforma en un “agujero negro” que da escalofríos.

-Hay que regresar.

-Vamos niñas, tu padre quiere que regresemos.

Cuando están por la avenida, observas a varias amas de casa regresando a su hogar acompañado de

sus hijos armados con machetes eléctricos. Los muchachos están tan tranquilos que matar probablemente es un deporte popular. Tiemblas al pasar cerca de ellos. En cambio tu mujer pide ayuda, pero ninguna le hace caso. Estas señoras parecen sufrir de sordera y ceguera.

Ves pasar a varios hombres agarrando a pequeñas y no sabes si son sus hijas o esposas. Tu razón se resiste a aceptar que sean esposas siendo tiernas. Y todo se desarrolla con normalidad. A nadie le molesta o le incomoda lo que a ti te irrita.

Después de esperar un rato, el ómnibus blindado que aparece sí se detiene. No hay tiempo para quedarse en el lugar, así que subes con tu familia

obligado por el peligro. La puerta se abre y con un escáner, el vigilante armado les pasa la cabeza y verifica que vuestro número de identidad está activo. Luego pagas el pasaje con monedas. Hay un sospechoso que quiere entrar al ómnibus. El otro vigilante le explota el cerebro con un disparo. La gente mira tranquila el "hecho cotidiano". En cambio tú quedas paralizado y asustado, lo mismo tu esposa e hijas.

Viajas de pie, apretado y aspirando el sudor de la gente. La ventilación limpia el mal olor. Por una rendija de la ventana oscura, ves que el ómnibus se interna por un túnel subterráneo cuya oscuridad es densa. A cada rato el chofer toca el claxon ruidoso

y chirriante. En esa oscuridad y el silencio, escuchas el latido de las decenas de corazones, el aliento también. Ves el interminable hueco semicircular infinito, antes que casas y gente. Cuando el ómnibus asciende la superficie, el chofer grita y el ómnibus gira en zigzag hasta que se voltea.

En seguida hay un coro de gritos espantosos. Tú proteges a tus hijas con un abrazo. Has recibido golpes de la gente. La ventilación deja de funcionar. El pánico por salir genera golpes, pisotones y peleas.

Fuera del ómnibus observas a los vigilantes tirados y sin reacción vital, a varios metros. Miras varias cabezas de gente que como pelotas están en la pista. Los rateros están en una lid de muerte con los

pasajeros. Hay disparos, golpes secos de cuchillos y machetes eléctricos. Tu mujer se espanta ante espectáculo de horror y sangre. La coges de la mano para obligarla a escapar.

El chofer que tiene su pistola los observa por detrás.

-¡Ayúdenos! ¡Por favor!-

Los ocupantes de los carros otean con naturalidad sin sobresaltarse ni admirarse de las súplicas. Sus vigilantes apuntan con sus armas automáticas. Nadie insiste en pedir ayuda. Soportando el peso de tus dos hijas: una en la espalda y la otra en tu pecho, sigues al chofer. Aterrado

avizoras un ojo humano saltando y rodando por el suelo.

-No miro, no miro, devuelvan mi ojo- grita con desesperación el propietario.

-Calla concha de tu madre- le responde su contrincante: un pasajero. El chofer se da cuenta que ustedes están tras él. Los amenaza si continúan siguiéndole.

LA AVENTURA SIGUE

El sol quemante disparaba sobre los fugitivos sus rayos perpendiculares. Con nuestras ropas nos protegimos la cabeza, ya que no había casa o edificio que dé sombra. Necesitaban agua natural, no la pastilla que en la boca se transformaba en agua. Recorrimos varios kilómetros de autopista sin que aparezca ningún malhechor. José, sediento quiso bajar a la ribera de la serpiente irrefrenable y turbia que desembocaba en el mar. Me dio vómitos imaginando que bebía agua mineralizada, donde se habían remojado restos de animales muertos y mezclado las aguas hervidas de la metrópoli, además de ser lugar de descanso de miles de mosquitos

anopheles. Él prefirió aguantar la sed, en cambio las dos niñas y esposa no resistieron la sequedad de sus cuerpos y bajaron a la orilla del río a satisfacer su sed.

***

Cuando llegamos a la estación del tren, mis "protegidas" tuvieron fiebre, sudoración y dolor de cabeza. José desesperado fue a la farmacia y tuvo que gastar por las pastillas costosas.

Descansamos en las bancas, mezclados con la gente que tenía su arma de defensa listo para usarla. Solo el paso de las horas confirmarían los efectos de la pastilla. Pagué los pasajes y también por el uso del

aire ventilado en presencia del vigilante que nos observaba

El viaje no fue cómodo, a pesar de la ventilación, había mucho sudor, malos olores que no eran evitables aspirar. Olores que me daban dolor de ojos y mareos. María y su familia se acomodaron en un rincón, lejos de tres hombres fornidos y de mirada malévola.

-¡Puff! ¡Pufff!

-¡Aggg!

Uno de estos hombres empezó a toser botando sangre con mucosa, así que rápido nos alejamos de él. Otro señor cogió el extinguidor que estaba sujeto cerca de la ventana y la impactó contra el vidrio de

la ventana. Mi esposa se asustó, en contraste mis dos pequeñas seguían dormidas. Se inició una lid por la supervivencia entre los sanos y los sidosos y tuberculosos. Mi mujer y yo protegimos a nuestras hijas, en el suelo. La gente gritona se distanció del "epicentro" de la lucha. Mis hijas despertaron sobresaltadas ante los pisotones, caos, locura y muerte.

Después de tres minutos, los "enfermos" estaban muertos y los vencedores arrojaron los cadáveres afuera. Me asusté cuando arrojaron también a los niños, adultos y señoritas en minifaldas que habían sido mordidos o, respirado los microbios del tuberculoso. La familia de José se

distanció del vagón dañado, ya que entraba un fuerte viento, pues el tren seguía desplazándose veloz. Más tarde indagué por la ventana y no vi más que oscuridad.

La familia fugitiva probó la pastilla para quitar el hambre y la que apenas satisfacía la necesidad de agua. Como la luz, el tren no paró por el túnel subterráneo interminable. Luego la máquina de hierro se desplazó por una "galería" sin fin, de cristal. Estábamos en el fondo del mar, vi a los peces ojones y los tiburones golpeando la protección transparente del túnel. Más lejos, estaban urbanizaciones de casas y edificios transparentes y bien iluminados. Aquí sí había luz: todo lo que hacía

la gente se podía ver desde dormir, comer o ducharse. Las calles estaban asfaltadas y la pista protegida por un túnel paralelo al del tren, salía a la superficie. Pensé que alguien bajaría, pero no; así que el tren continuó su desplazamiento. Una señora murmuró que la élite del país vivían en la urbanización acuática.

El agua verduzca presionaba con fuerza el cristal y me parecía que se podía quebrar los vidrios y como consecuencia, el ahogarnos. María se angustió y desesperadamente gritó para salir del lugar. Cuando el tren ascendió a la superficie terrestre, nuevamente pude ver a los contaminadores

del VIH, asesinos, violadores, gente hambrienta ambulando por la calle en pos de víctimas.

María y José, junto a sus criaturas se quedaron dormidos. Nos quedamos dormidos por el estrés sin saber a dónde nos llevaba esta máquina imparable. José despertó y tocando el pecho de su hija pudo percibir los latidos. Latidos que percibí en las muñecas de la mano infantil. José fue vencido por la modorra y sus párpados se cerraron, sin preocuparse del destino del tren que funcionaba con combustible de emergencia.

EL PROBLEMA DE LA SUPERPOBLACIÓN

El eterno Presidente de los Estados Globalizados, el gran privilegiado por poseer el más alto grado de inteligencia gracias al microchip único incrustado en su cerebro; está alertando a la opinión pública del desequilibrio que existe entre el número de muertes y nacimientos, con ventaja de los últimos.

Dado la escasez del agua por factores climáticos y la suerte incierta del planeta por el agrandamiento del sol en proporciones que influye en el clima, el Presidente está urgido de tomar decisiones draconianas para evitar el embarazo o diezmar a una parte de la población.

Una de las medidas que podrían convertirse en ley en los próximos días y con el cual comparte la élite dirigente del estado mundial es el de aniquilar a todos los niños menores de dos años, y las embarazadas y dar a muerte a los padres que desacaten la "norma". Será necesario adoptar otras medidas complementarias en bien de la sociedad mundial que puede tener un final aciago si no se ponen en práctica las medidas antedichas.

Augusto Gonzales

Después de leer el artículo periodístico en su celumóvil, José confirmó que la electricidad se había restablecido. Ahora sí los cazarían sus enemigos guiándose con las cámaras de seguridad. Le

preocupó que se quiera asesinar a los menores a escala mundial. Los pasajeros especularon que el motivo principal para medida bárbara era desaparecer de la faz de la tierra a un niño súper inteligente por naturaleza que estaba en el vientre de una madre, en algún lugar del planeta. Este niño revolucionaría la vida materialista actual e implantaría una nueva forma de vivir. Los pasajeros no se equivocaban, la criatura tenía que desaparecer o el Presidente "eterno" perdería su poder en unos años.

-Quiero llegar sano a mi casa. Eso es todo.

-Es verdad, a mí tampoco me importa lo que hagan con los niños, porque no tengo descendencia.

El tren se detuvo en la primera estación, los pasajeros alistaron sus armas variadas para iniciar una competencia maratónica de muerte y cacería. Los vagones abrieron sus puertas y la gente salió por doquier.

-¿Señor en qué lugar nos encontramos?

-No me quites el tiempo y hazte a un lado- respondió un hombre cuyo gesto en la cara daba miedo.

-No moleste señor- la señorita siguió caminando diestramente con sus tacones y apuntando su pistola al suelo.

-Señor, ¿puedo acompañarlo?

-No me estorbes carajo, yo ando solo y me defiendo solo.

La familia fugitiva quedó desamparada en la estación. El tren se llenó de gente nuevamente y empezó lentamente a deslizarse por los rieles gruesos. José se acercó al vigilante. Este era mudo, porque no hablaba, no reía, no abría la boca. Parecía paralizado, duro y pétreo mirando su rededor. José y su familia siguieron temerosos, a diez metros de distancia de separación, a un pasajero armado.

Llegaron a ocultarse en el cuarto de guardar herramientas del parque. La puerta lo cubrieron con todo lo que había en el lugar: trilladoras, escobas eléctricas cortadoras de césped.

Varios niños escuálidos pasaron tras una señora y su acompañante. Los niños tenían en la

mano las jeringas cargadas con sangre contagiada. La pareja corrió como jugando a la chapita con esos niños de cara cicatrizada. Y cada que volteaban iban disparando y dejaban en el suelo al niño que por el azar le cayó la bala.

Otro grupo de muchachos se sumó al ataque y tumbaron en el césped a la señora que fue devorada a mordiscos por todo el cuerpo. La señora gritó, pero la gente que pasó miró y siguió caminando. Su esposo no regresó para ayudarla. La señora se levantó con una apariencia de loca e indigente, chorreándole la sangre. Lloró su destino terrible. Se golpeó la cabeza en el suelo maldiciendo hasta que quedó desmayada.

María y su familia seguían en el hogar de las arañas y ratas y el zancudo. Mientras dormía su esposa e hijas, por el cansancio, él eliminó uno a uno a los bichos. Él quiso dormir, pero pensó que si así pasaba quedarían desprotegidos ante el peligro. María soñó que nadaba en una laguna de sangre y se agotaba en cada brazada que ejecutaba, porque el líquido era espeso y viscoso. José aún despierto vio llorar a su hija. La otra chiquita se puso nerviosa. José auscultó el cuerpo de su criatura y pudo descubrir que tenía varias picaduras. José abrazó fuerte a las tres mujeres. Oyeron el ruido de un vehículo y corrieron tras él, pero este no se detuvo.

Las mujeres derritieron en la lengua, la pastilla que quita el hambre.

En la acera vieron a dos hombres que tenían apariencia de borrachos y drogadictos. Estos gateaban babeando sangre, y con la piernas mutiladas hasta la rodilla y los brazos cortados hasta los codos. Ellos daban gritos horribles por el roce de sus heridas con el pavimento tosco. A esa hora de la tarde empezaron a andar los perros callejeros hambrientos. Estos eran de todos los tamaños. Un grupo de personas pasó por el lugar y empezó a disparar contra los perros.

¡Horror! Más allá había un amontonamiento de bebés muertos. Vieron varios carros color verde

oscuro, parecido a los patrulleros antiguos y cuyo distintivo era la palabra “Psicópatas”. Cada que encontraban discapacitados los baleaban.

Estos agentes no ayudaban a las personas que eran atacadas en el interior de las casas, pues delante de ellos se escuchaban gritos de mujeres clamando auxilio.

Asustado José agarró a una de sus hijas para empezar la fuga. Del suelo él recogió una pistola ensangrentada. Con un trapo sucio lo limpió. Luego decidió poner en práctica su conocimiento adquirido en el internet sobre armar y desarmar una pistola. Presionó el botón cerca al gatillo y la cajita con las balas salió del arma. Luego lo regresó a su lugar.

Tembló antes de disparar. Y cuando lo hizo la bala se desvió al cielo. Parecía fácil, pero era difícil.

Las pastillas para quitar el hambre les negó una señora vieja y bien vestida. A José le dio cólera y disparó contra ella. Otra mujerota no quiso darles hospedaje por unas horas. Horas que hubieran permitido descansar. A ella también le cayó una bala en las costillas.

Si la muerte no llegaba por la agresión de los "insanos" que andaban por la calle, la familia moriría de hambre y sed. Por esta razón caminaron una calle no llena de gente. Otro montón de criaturas muertas los dejó apenados. Eran como cuatrocientos los neonatos pudriéndose y en cuyo interior corporal

albergaban a parásitos que se deslizaban cavando la carne muerta, además de las moscas que aterrizaban a cada rato y volaban. La primogénita de María y José lloró bastante. Bastante que el padre la abrazó.

-¡Yo no quiero vivir acá!

-Ya nos vamos hija, no vas a sufrir más

-¿A dónde vamos?- exclamó llorosa la esposa que cargaba a la otra pequeña dormida.

La baja policía armada apareció en camiones y con la pala grande del carro recogió los cadáveres de los infantes hasta llenar el espacio de la tolva.

- ¿Señor, los cadáveres lo llevamos a la planta de residuos sólidos o al crematorio?

Entraron a un parque. La mujer exclamó de júbilo.

-¡Ahí es mi casa!

A cien metros se veía la edificación casi destruida en cuyo primer y segundo piso no había ventanas ni puertas, pero sí su ascensor. Al lado de la casa había una capilla en miniatura con la imagen de una virgen. Repentinamente tres “Psicópatas” rodearon a la familia infortunada. José no supo qué hacer. María se asustó cuando los tres agentes la agarraron de los brazos.

-Señora, estamos facultados vía ley para hacerle un chequeo a su vientre.

-Señores, ella está sana. Por favor no la toquen.

Los “Psicópatas” no hicieron caso de la queja débil del esposo. Este fue apuntado en la cabeza con la metralleta. Las dos pequeñas gritaron y se cogieron de las prendas de su madre, pero no impidieron que a esta le escaneen el vientre. Rápidamente sin explicaciones la esposa fue tumbada al suelo y por su entrepierna le introdujeron un aparato aspirador. La pobre mujer dio gritos terribles. Los bárbaros le sacaron el feto hecho una mazamorra sanguinolenta.

-¡Ya está cumplida nuestra obligación!

Los tres hombres se retiraron serios. María no pudo levantarse. De su entrepierna seguía expulsando sangre negruzca y espesa.

-¡Ayudaaa… ayuda!- bramó de dolor José.

Llorando miró alrededor y nadie apareció. Abrazó el cuerpo falleciente de la madre, sintió sus latidos lentos. El esposo siguió llorando viéndola irse a otra dimensión. El llanto de las dos niñas fue ruidoso y terrible. Sus ademanes desesperantes estremecían. La gente que pasaba con su carro por la calle no se detenía. Ellos miraban sin interés ni curiosidad. José abrazó fuerte a su esposa e hijas. Cerró los ojos mientras agonizaba la compañera de toda su vida.

En la oscuridad de sus pensamientos, José se acordó de la casa de su esposa y se levantó para buscar ayuda. Del ascensor de la casa salió el hombre

que los había amenazado cuando lo siguieron cuando sucedió la volcadura del ómnibus.

El cónyuge se sentó pensativo y desalentado en la acera. Regresó donde su mujer y nuevamente abrazó a las tres féminas. La esposa ya no tenía aliento ni movimiento. El padre de familia esperó a los malvados y perversos del mundo para que de una vez les interrumpan para siempre el existir, pero nadie apareció.

SEGUIRÁS SIENDO MI PADRE

Cuando te pasa la cólera, la frustración y la pena; llevas a tus pequeñas a la casa de su madre. El ascensor está suspendido en lo alto y llamas varias veces; pero nadie asoma por la azotea. La vecina que asoma te apunta con su escopeta automática.

-¡Váyanse extraños!

-No somos extraños, somos familia de la dueña.

La señora desaparece de su azotea murmurando groserías. Varios pandilleros te rodean. Te sientes derrotado. A tus dos hijas las ordenas que se pongan tras tuyo. Tiemblas imaginando la muerte. Tus hijas se desesperan, te jalonean. En ti hay

sentimientos en pugna: la necesidad de vivir y la necesidad de reencontrarte con tu esposa.

En una chispa de tiempo, palpas la frialdad de las motosierras diminutas cortando tu cuerpo agitado. Te arrancan a tus hijas. Caído en el pavimento, tú eres testigo agonizante de la violación brutal que sufren las niñas.

No recuerdas más de esos instantes. Despiertas dentro del carro recogedor de la basura. Tu cuerpo está totalmente adolorido. Apenas te levantas, de tus heridas, manó un líquido húmedo y frío se desliza por distintas partes de tu cuerpo. Los cadáveres que palpamos nos aterran. Recuerda soy tu hija, te veo que en la oscuridad tanteas el tamaño de los cuerpos

y nos buscas. Tocas cuerpos viscosos, aspiras la basura podrida. Te hundes en el “fango” de lo podrido y asqueroso.

La tolva del carro se abre y a todo lo que contiene bota en una fosa donde están en descomposición miles de cadáveres. Resistes el llanto viendo a tus dos pequeñas y a mi esposa estáticas y sin “vapor en sus bocas”.

Los trabajadores se alejan. En ese hueco arenoso, te levantas. Olfateas la gasolina, y desesperado sales.

EPÍLOGO

El aire caliente se hizo irrespirable, mas seguí escapando agónico. José se alejó del lugar arenoso. Mis heridas seguían sangrando. Caminó hasta un botadero de basura junto a la playa. ¡Qué felicidad! ¡Qué júbilo! José Buscó los desperdicios de las tabletas de pastilla para el hambre y los derritió en la boca. Busqué sobrantes de pastillas para satisfacer la sed y los diluí en la boca.

Encontró bastantes restos de medicamentos. Leyendo pude tener a la mano desinfectantes y cicatrizantes que apliqué a mis heridas. Suerte la de José al que no afectaron ningún órgano vital los cortes.

PREÁMBULO

José dejó remojado sus ropas interiores en un lavatorio. Desde varias noches él tenía poluciones nocturnas, por esta razón a cada rato se cambiaba de ropa. Esa vez, él se había olvidado de echar el detergente. En cambio María, después de lavar sus ropas interiores lo tendió en el colgador. Luego se fue a cocinar. La ropa de interior se soltó por el fuerte viento y cayó en el lavatorio que contenía la ropa de José. José cuando vio esto, recogió la ropa interior húmeda de su esposa y nuevamente la tendió. María se puso esta ropa interior después de ducharse.

FIN

ÍNDICE

Notas sobre el autor:



Nacido en Huaraz. Es docente del Área de Comunicación. Ha publicado el libro titulado: "Cuentos tradicionales y anécdotas de Huaraz" (2015).

LITERATURA DISTÓPICA



LITERATURA DISTÓPICA